

lectual sincero y noble.—*Ricardo A. Latcham.*

LITERATURA

SCRITTORI DEL TEMPO NOSTRO, por *Arturo Lanocita.*

Las entrevistas a escritores son siempre un género de periodismo interesante. Se supone que la gente que ha dedicado sus actividades a las letras, tenga una nota de interés, una idea original, un punto de vista nuevo ante los acontecimientos, que exponer al que llega a entrevistarla. Y aunque en más de una ocasión la suposición es equivocada, las intimidades y los relatos de los hombres de pluma sirven para dar interés a la pluma de los que a este género se dedican. Arturo Lanocita se ha especializado en el género en Italia, y si las series de *Lo que sé por mí* pudieron hacer creer en la personalidad de un *Caballero Audaz*, bien pronto desvirtuada por la detestable labor que siguió, estos entrevistados de Lanocita aportan material para apreciar la labor del periodista italiano como novedosa e interesante.

Hay en el libro, en una pintoresca mescolanza, escritores de todos los géneros. Desde personalidades de primer orden, tales Máximo Bontempelli, Luigi Pirandello, Sem Benelli, hasta versificadores del tres al cuarto como el fabulista Trilussa, pasando por las respetables medianías: Marco Praga, Darío Niccodemi, Rosso di San Secondo, Lucio d'Ambra.

Bontempelli afirma siempre su iniciación clásica que acaso pueda

sorprender ante su actitud de modernismo renovador gritado en su campaña que no ha cesado de la revista *900*. «Iniciación clásica la mía; del más puro clasicismo.» Y después la inevitable actitud nueva. La génesis de su obra; la influencia en ella de su temporada guerrera; la afirmación de su paganía exuberante manifestada en su delicia de vivir, en su «gloria de vivir» de que blasonan sus muñecos de *El hijo de dos madres*, a nuestro juicio la más completa de sus obras, se relatan bajo la pluma de Lanocita en un estilo que quiere acercarse al del entrevistado y que resulta de una rapidez periodística simpática y ligera.

Pirandello, humorista, comenta risueñamente la creación de sus personajes inmortales. Y el autor de ellos sólo muestra ante la afirmación rotunda de la personalidad real, de la existencia humana, de sus figuras de ficción, un escepticismo incurable, que lo hace sonreír de todas las verdades, hasta de aquella que más ha defendido—recuérdese el conde de *Enrique IV*—: la verdad de sus ensoñaciones.

Gran misterio este de la creación de una obra de arte, mi amigo, pero imposible de explicar. En la comedia sucede como en la vida, otra comedia, que nadie puede entender.

Y esta desalentadora afirmación acaso sea un atisbo de una verdad semi-oculta en el fondo del pensamiento de todos los que se han preocupado de los problemas del espíritu.

Benelli, fuerte trágico, no toma a lo serio su obra. Le gustan los versos, y ante el misterio que encierra la dificultad insuperada de un endecasílabo perfecto, pospone las tragedias que gritan sus muñecos. Pero la vida lo seduce. Se aparta de ella, vive retirado en Liguria en su castillo de Zoagli, pero no se olvida que cada año llamea en todas las almas y de sus obras quiere con cariño indisimulable su *Santa Primavera*. Afirmación de vida de uno que se retira de ella, para estudiarla, para comentarla, para enaltecerla por boca de sus desfallecidos y trágicos histriones.

Y así casi todos. Borghese, estudioso incansable; Chiarelli, a quien las nuevas formas de técnica teatral le sirven de magnífica bambalina para ocultar su escaso y mediocre fondo espiritual; Marinetti, apóstol futurista y hoy día—¡horror!—académico y miliciano de la dictadura mussolinesca; Rosso di San Secondo, sentimental, refinado y elegante; Panzini, muerto recientemente, positivo y exacto como naturalista novelero. Y por sobre los citados y otros muchos que dejaremos en el tintero, las figuras más conocidas: Da Verona, gesticulando en un océano de modistillas, de arrebatos de alcoba y de cursilería violeta, y Ada Negri, serena, grandilocuente en su humildad y modestia, y para quien la gloria literaria ha tenido en más de una ocasión una sonrisa de placentera complacencia.

A todos los observa, los entrevista, los retrata el incansable y discreto Lanocita. Y sin una nota personal,

con un estilo rápido, descarnado y fulgurante a ratos, nos da una obra «macedónica», de muchos autores a los que ha tratado a fondo, y que casi siempre, observación inevitable, aparecen como consagrados hombres de letras, ante la curiosidad de los lectores.

El libro es curioso y entretenido. Y rarísimo de conseguir. Nos lo ha facilitado, con su gentileza habitual, un amigo correteador en Europa de novedades y profundizador de estudios, a quien debemos más de un conocimiento nuevo.—*Abel Valdés A.*

PSICOLOGIA

EL CONCEPTO DE LA ANGUSTIA,
por Søren Kierkegaard.

Débase a don José Gaos la versión española de esta obra de Kierkegaard (1), de la cual anticipó algunas páginas la *Revista de Occidente*. Publicada en 1844, su genuina incorporación a nuestra lengua estaba reservada a esa magnífica empresa de cultura dirigida por Ortega y Gasset.

Según advierte el presente volumen, la primera edición de Copenhague, suscrita por Virgilius Haufniensis, se definía en la portada como «simple investigación psicológica orientada hacia el problema dogmático del pecado original». Pero se entra en la mente y en la sensibilidad universales de Kierkegaard y los límites especiales quedan a la

(1) Ediciones de la Revista de Occidente. Madrid, 1930.